

“EL FUTURO DEMOCRÁTICO DE LA UNIÓN POLÍTICA EN EUROPA”

Por D. Joan Rigol i Roig,
ExPresidente del Parlamento de Cataluña

Muchas gracias. Ustedes van a comprobar lo que da de sí el título que han puesto, que es *El futuro democrático de la unión política en Europa*. Yo les voy a proponer algo complementario de lo complementario. Es decir, absolutamente distinto, creo.

Y les voy a proponer un proceso en cinco etapas, o en cinco pasos. Y para llegar al final a entender, desde mi perspectiva, cuál debe ser el planteamiento institucional donde las regiones quepan, digamos, dentro de la arquitectura institucional europea.

Empiezo haciendo el primero. Que es una acotación a un tema que creo que ustedes trataron ayer: sobre el *demos*.

Sobre el *demos*, quisiera hacer una observación, solamente. Ustedes saben, creo que fue Cavour el que dijo: “Ya hemos hecho Italia, ahora vamos a hacer a los italianos”. Creo que fue él. Es decir, ya se había constituido políticamente la unificación italiana. Y entonces, era necesario inocular a los italianos su italianidad, porque estaban, lógicamente, referidos a los Estados Pontificios, etcétera, etcétera, a las ciudades. Era necesario lo que los ingleses llaman la *building nation*.

Esta no es, digamos, la identidad europea, desde mi perspectiva. Es decir, nuestra identidad europea no expulsa nada de nuestras propias identidades, sino todo lo contrario: es una profundización sobre nuestra propia identidad.

Me explicaré con un ejemplo, si ustedes me permiten, muy personal. Donde vivo, hay muchos yacimientos íberos, es una historia donde están don Indíbil y Mandonio, y Viriato, y toda esta gente. Está la dama de Elche. Y yo no me siento dentro de mí, en estas raíces. Porque mis raíces están al otro lado del Mediterráneo, están en Grecia. Yo soy hijo, no de la dama de Elche, sino que soy hijo del discurso de Pericles *La oración fúnebre*, de Tucídides, donde encuentro los valores de la democracia metidos allí. Soy hijo de Sófocles, que escribía con una grafía distinta absolutamente de la mía, y a miles de kilómetros, lejos de donde estoy yo. Soy hijo, lógicamente, de la dialéctica o de la complementariedad, como ustedes quieran; de Aristóteles y de Platón; más que, digamos, de aquello que estaba en mi territorio el siglo V antes de Jesucristo.

Yo me siento hijo del Imperio Romano, del sentido del Derecho, y del sentido de la intercomunicabilidad a lo largo del territorio. Una vía romana, para mí, es muy parecida a una autopista por la cual he llegado de Barcelona a Zaragoza hoy. Yo me siento hijo de esta capacidad de relacionarme, en territorios diversos, y con una cierta facilidad. Y esto está en Roma, no está, digamos, en mi ámbito estrictamente local.

Para hacer un salto en la Historia, en el siglo XVIII mi país, intelectualmente, estaba bastante pobre. Pero en cambio, yo me siento hijo de la Ilustración alemana. Me siento hijo de la Ilustración inglesa, de la francesa, por ejemplo. Que forman parte de mi bagaje cultural.

Lógicamente, todas estas aportaciones están, digamos, sorbidas por la realidad identificativa, que es mi lengua, que es mi punto de referencia cultural, etcétera,

etcétera. Pero yo soy europeo, antes de la letra. Para decirlo así, es decir: soy europeo, pero soy griego; soy catalán, pero también soy italiano; soy catalán, pero también soy francés, etcétera. Esta es, digamos, mi identidad, y no está contrapuesta una con la otra, es decir: la identidad europea, no juega en los espacios mismos de las identidades que luego cuajaron, a través de los estados, a través de las regiones, de lo que ustedes quieran. Primer punto.

Segundo: Europa ofrece un tipo de sociedad, en la cual yo me siento muy identificado. Yo no soy hijo de una sociedad donde el individuo lo es todo, y los demás son simplemente aquellos que no molestan a mi devenir histórico. Yo me siento vinculado a la gente que tengo próxima a mí mismo, y de aquí, ha sido posible crear el Estado de bienestar europeo. Y por lo tanto, mi identidad no es únicamente, digamos, esencialista; digamos, cultural; sino que también tiene su derivación económica, y de relación con toda la gente. Este sería, digamos, los títulos del primer paso.

Además resulta que yo, cuando estoy en casa y pongo la televisión, en pocos segundos, soy capaz de pasar desde Tailandia a algo que ha sucedido en mi pueblo pequeño. Y tengo una capacidad de absorber noticias a nivel mundial extraordinaria. Pero si resulta que yo no soy europeo, estas noticias, las recibo de un modo simplemente de curiosidad, y pasivo. Si yo quiero tener una responsabilidad, a nivel global, desde donde recibo los impactos; no tengo otro remedio que sentirme europeo, como plataforma para ser un ciudadano del mundo. La dimensión mundial exige, precisamente, nuestra europeidad, para sentirnos vinculados a nuestro entorno internacional.

Esto quiere decir otra cosa: que Europa no será Europa, a mi modo de ver, hasta que asuma su responsabilidad en el mundo. Esta es la otra cara de la moneda. Mientras Europa nos estemos mirando el ombligo a nosotros mismos, y a ver si esta competencia es mía o es tuya, y delante tengamos la responsabilidad histórica que tenemos ante África, por ejemplo (que es

nuestra); si no tenemos esta capacidad de respuesta, Europa será eso: un equilibrio de instituciones, y poca cosa más. En cambio, desde mi *demos*, se me exige –y desde mi sentido de ciudadano universal-; se me exige tener esta plataforma básica, para poder corresponder a los impactos que yo recibo. Esta sería la segunda cuestión.

La tercera: ¿Europa es la suma de estados? Digo que sí, ¿eh? Yo soy un nacionalista catalán, pero digo que Europa es la suma de estados. Porque de otra manera, es imposible vertebrar Europa. Esto es así, y dicho de un modo positivo. Pero, ¿Europa es única y exclusivamente la suma de estados? Digo no. ¿Por qué? Porque los que imaginaron la Europa de después de la Segunda Guerra Mundial, eran unas personas que habían tenido una experiencia muy negativa de sus propios estados, después de la lucha entre Francia y Alemania, por ejemplo.

Y fíjense que los padres de esta Europa, son todos hombres de frontera: es el renano Adenauer, es el alsaciano Schuman; o es el trentino De Gasperi, que había sido diputado en el parlamento...., perdón, en el Imperio Austrohúngaro, que descubre que las fronteras deben cambiar de sentido. No es que las fronteras desaparezcan, sino que cambien de sentido. En vez de ser de un enfrentamiento, son de una identidad y de un diálogo, y de una colaboración. Y ésta es la Europa que tenemos pendiente, y que es la que a mi modo de entender, se debe vertebrar. Una Europa de los Estados, sí, de otra manera, me parece que es prácticamente inoperante; pero una Europa *exclusivamente* de los estados quiere decir que la ideología de los Estados-Nación, son un bloque absoluto y determinante, en la construcción europea. Mi opinión.

Cuarto paso: ¿qué significamos las regiones, dentro de esta construcción europea? A mi modo de entender, aquello que sea moneda de día. Que la Europa fuera construida también, a través de los valores de la cultura. De la cultura que nos engloba a todos, desde nuestras propias raíces, como decía en

el primer paso; pero a la vez, aquella cultura que signifique la interrelación de todos nosotros, y que somos capaces de crear conjuntamente. Es decir, la diversidad de Europa, no es única y exclusivamente una suma aritmética de identidades culturales, sino que a la vez es una gran dispersión *cualitativa*, de cada una de éstas identidades.

Y saber encajar todo esto, en el conjunto de Europa, es fundamental, a mi modo de entender, por una razón: porque el ciudadano europeo, cada vez exige mayor vinculación con su entorno; y si este entorno inmediato no tiene un reflejo europeo, pues resulta que Europa queda al margen, digamos, de algo muy vivencial, que cada ciudadano está viviendo.

Y exige, a mi modo de entender esto, que Europa no sea única y exclusivamente un juego, o un encaje de bolillos de tipo político o administrativo; sino que tenga también esta dimensión, digamos, de vivencia personal.

Además, las culturas -aquello que significa este mosaico de identidades, que es diverso, y cada uno se expresa como sabe y como puede, dentro de su propia identidad- sólo tienen fuerza y tienen sentido si no son endogámicas, si sirven para decir cosas a las otras culturas. Y si saben abrirse a los impactos de los demás, lo saben recibir, y se convierten ellas mismas en una especie de crisol de este recibimiento; y a la vez saben proyectarse más allá de sí mismas. Si las culturas en Europa significan un encerrarse sobre sí mismo, no estamos haciendo Europa, en este sentido convivencial que estaba diciendo.

Y por lo tanto, las regiones, en la medida en que se acercan a esta realidad; están dando, no simplemente algo, - a Europa se le olvida muy a menudo-, sino que están dando algo esencial de lo que es, a mi modo de entender, este espíritu europeo. Este sería, digamos, el cuarto paso de este pequeño proceso.

El quinto: el reto de la vertebración institucional regional. Lógicamente, pasado mañana puede ser un día muy importante para los europeos. Es decir, si sale el “no”, ya veremos los juegos de equilibrios que tendremos que hacer, como se hizo también en España, en el momento de la Constitución, para reconducir temas que habían sido de difícil planteamiento.

Sin embargo, a mi modo de entender, el Comité de las Regiones es un comité insuficiente todavía para canalizar todo este bagaje, toda esta riqueza, que tiene Europa, constituyente. Que no consiste en entenderlo como una especie, digamos, de conservación de la naturaleza, a través del folclore de los distintos países y de las distintas regiones; sino que es una manera de estar en el mundo, asumiendo la pluralidad como una riqueza, la diversidad como una gran ocasión, y a la vez, sentirnos integrados todos, en un conjunto comunitario, abierto a toda esta diversidad.

A mi modo de entender, es verdad que institucionalmente, lo que nos plantea Europa es aquello que dije en una intervención anterior, como una cascada: que desde la Comisión pasa a los parlamentos nacionales, y de los parlamentos nacionales pasa a los parlamentos regionales; y en cada paso, se va perdiendo un trozo, de tal modo que cuando llega al parlamento regional, es rellenar una ficha, y dar una opinión, para que luego se tenga en cuenta en las instancias superiores. Sin embargo, yo que personalmente soy posibilista, digamos, absoluto, creo que si éste es el instrumento que nos dan, lo debemos usar, absolutamente darle vida y procurar que funcione eso. Y si lógicamente, nos dan el camino del Senado, pues que sea el Senado, que además lo encuentro justo y oportuno; siempre y cuando ese pasar por el Senado no signifique, también, como he dicho antes, un rebaje institucional de lo que significan las comunidades autónomas, concretamente en nuestro estado.

Sin embargo, mi pretensión es que Europa nos reciba como sujetos colectivos a las regiones. No como una instancia política ya a un nivel bajo, sino como algo constituyente de la propia Europa.

Mis compañeros de la CALRE (el Presidente, Javier Torres Vela, y el Presidente, José María Mur); saben que yo me obstiné en que el planteamiento no fuera única y exclusivamente de arriba hacia abajo, sino que hubiera la posibilidad de un contacto institucional Parlamentos regionales-Parlamento Europeo. ¿Por qué? Porque yo entendía, y entiendo, que aquello que se debate en mi parlamento (en este caso, en el Parlamento de Cataluña); pueda acceder a una instancia europea, de tal modo que el parlamento regional sea una buena plataforma para llegar a la dimensión europea. Porque así, de este modo, hay una institución europea, que me reconoce como sujeto colectivo europeo. Para mí, esto es un elemento fundamental, para entender no solamente mis aspiraciones políticas nacionales en mi país, sino que creo que es fundamental para Europa.

Y entonces, no olvidaría este proceso que a veces tiene un sentido un poco, digamos así, cogido por los pelos, pero que es posible. Es decir, está, imagínense ustedes, una cosa tan débil y tan poca cosa como es el derecho de petición que tiene cualquier ciudadano europeo.

Sobre esta base, si Europa, como parlamento, tiene la conciencia de que debe recibir todo lo que va de abajo hacia arriba, del parlamento regional hacia el Parlamento Europeo; con la dignidad institucional, que ella misma puede, que el Parlamento Europeo mismo puede crear; es posible establecer esta conexión entre el Parlamento regional y Parlamento Europeo.

Digo esto, porque la cascada es la real, es la institucional. Pero yo creo que se debe complementar, también, con la iniciativa legislativa que puede tener un

parlamento regional, con el Parlamento Europeo. De tal modo que es posible, con el ordenamiento jurídico actual, establecer esta vía.

Si se dieran estos dos cauces institucionales: el uno ya formulado en el Tratado, y el otro por la vía de una cierta ingeniería parlamentaria, que los que hemos estado en los parlamentos sabemos que no es tan difícil crear ingeniería parlamentaria, porque lo tenemos que hacer bastante a menudo, desde el Parlamento Europeo yo creo que con estas dos vías, podemos dar voz a esta realidad ciudadana básica que es la identificación, cada uno con su espacio vital cultural; con su espacio de identificación personal, y a la vez, elevarla a la categoría del ámbito europeo.

Fundamentalmente, era éste el proceso que les quería comunicar, desde mi perspectiva. Muchas gracias.

Zaragoza, 27 de mayo de 2005.